

§ II.—Desarrollo de las instituciones de crédito.

De toda la economía política, el crédito es la parte más difícil, pero también es la más curiosa y la más dramática. Por esta razón, á pesar del gran número de obras que se han publicado sobre la materia, y de las cuales algunas son excelentes (1), me atrevo á decir que esta inmensa cuestión no ha sido tratada en toda su extensión, y por consiguiente, en toda su simplicidad. Aquí es en donde vamos á ver al hombre, instrumento de la lógica eterna, realizar poco á poco, y por una serie de movimientos, una pura abstracción como es el crédito, del mismo modo que le hemos visto anteriormente convertir en realidades toda esta fantasmagoría de ideas abstractas que llamamos división del trabajo, jerarquía, competencia, monopolio, contribución y libertad de comercio. Estudiando los diversos problemas á que dé lugar el crédito, acabaremos de convencernos de que la verdadera filosofía de la historia está en el desarrollo de las fases económicas, y veremos que la constitución del valor aparece decididamente como la raíz de la civilización y como el problema de la humanidad. Aquí veremos á la sociedad, como dice muy bien el Sr. Augier, girar al rededor de una moneda de oro, como la tierra gira al rededor del sol. Sucede con el crédito lo que con las demás fases que hemos estudiado hasta ahora: «no es un hijo directo de la voluntad del hombre, dice el mismo autor; es una necesidad para la sociedad humana, una nece-

(1) Citaré, entre otras, por el conjunto y la originalidad, la obra concisa y llena de detalles del Sr. Augier, *Historia del Crédito público*, París, Guillaumin, 1842; y por el espíritu filosófico, la del Sr. Cieszkowski, *Del Crédito y de la Circulación*, París, Treuttel et Wurtz, 1839.

sidad tan imperiosa como la de la alimentación: es una fuerza innata, providencial ó fatalmente inteligente que hace su obra de cosas futuras ó de revoluciones tenebrosas... Los poderes y los reyes se agitan, y el dinero los conduce: esto lo digo sin deseo de parodiar la acción de la Providencia.»

Para nosotros, digámoslo sin escrúpulo, la filosofía de la historia no está en esas fantasías semi-poéticas que Bossuet y sus sucesores nos ofrecieron tantas veces, sino en los caminos oscuros de la economía social. TRABAJAR Y COMER es, con permiso de los escritores artistas, el único fin aparente del hombre: lo demás, son vueltas y revueltas de personas ociosas que buscan trabajo ó que piden pan. Para cumplir este humilde programa, el vulgo profano ha necesitado más genio que todos los filósofos, sabios y poetas para componer sus obras maestras.

Cosa singular, cuyo ejemplo no hemos citado todavía, y que sorprenderá al lector poco acostumbrado á estas metamorfosis del pensamiento: el crédito, en su expresión más avanzada, se presenta ya bajo una fórmula sintética, sin que por eso deje de ser una antinomia, la séptima en el orden de las evoluciones económicas. Como lo ha demostrado el Sr. Cieszkowski en una obra, cuya lectura no me cansaré de recomendar á los aficionados á la metafísica aplicada, el crédito llega á su más alto período desarrollándose sucesivamente en posición, oposición y composición; por consiguiente, produciendo una idea positiva y completa. Pero, como nosotros lo demostraremos también, esta síntesis, formada regularmente, es de un orden secundario, y presenta todavía una contradicción. Vemos, pues, que las ideas, como los cuerpos, se componen y se descomponen hasta lo infinito, sin que la ciencia pueda decir nunca cuál es el cuerpo ó la idea simple.

Las ideas y los cuerpos son todos de una simplicidad igual, y sólo nos parecen complexas cuando las comparamos ó cuando las relacionamos con otros cuerpos y con otras ideas.

Tal es el crédito: una idea que, de simple que parece ser á su nacimiento, se desenvuelve poniendo á su contraria; despues se complica combinándose con ella, y vuelve á presentarse tan simple, tan elemental, tan contradictoria y tan impotente como al principio. Nos parece que ya es tiempo de presentar las pruebas.

El crédito se desenvuelve en tres séries de instituciones: las dos primeras son inversas la una de la otra, y la tercera las resume todas en una combinacion íntima.

La primera série comprende la *letra de cambio*, el *banco de depósitos*, al cual es preciso añadir tambien la caja de ahorros, y por último, el *préstamo sobre prenda ó sobre hipoteca*, cuyo ejemplo es el monte de piedad.

Por medio de esta série de operaciones, se quiso hacer el dinero más accesible á todo el mundo; primero, facilitando el camino y acortando las distancias; despues, haciendo que el dinero mismo fuese ménos casero y ménos tímido. En términos más claros: á fin de encontrar dinero á ménos precio, se pensó en hacer economías; por un lado en el transporte, recurriendo á la letra de cambio; por el otro en la usura de la materia y en el cambio, valiéndose del banco de depósitos; y por último, se procuró atraer el dinero por medio de la seguridad, ofreciéndole la garantía de la prenda ó de la hipoteca.

Por medio de la letra de cambio, el dinero que poseo ó que se me debe en San Petersburgo, está en París á mi disposicion, y recíprocamente; la suma que poseo en París y que debo en San Petersburgo,

existe en esta última capital á disposicion del acreedor. Esta combinacion es una consecuencia forzosa del comercio; sigue á la produccion y al cambio, como el efecto sigue á la causa, y confieso ingenuamente que no comprendo la manía de los economistas que se empeñan en buscar en la historia la fecha de la invencion de las letras de cambio, fijándola en el siglo XII ó XIII, *próximamente*. La letra de cambio, por bárbara é irregular que sea su redaccion, existe desde el momento en que, poniéndose dos países en relacion, se puede pagar una cantidad cualquiera de uno á otro, mediante el simple reconocimiento del que la presenta, ó por aviso del que la expide. Por esta razon, el Sr. Augier hace bien en considerar como letra de cambio la obligacion que firmó á Tobías su pariente Gabelo; obligacion que fué satisfecha por este último á Tobías el jóven, que la presentó, sin que el suscriptor le conociese. Este hecho que, segun la leyenda, debió pasar en el Asia, cinco ó seis siglos antes de Jesucristo, prueba que en esta época las operaciones de cambio y de descuento no estaban organizadas entre Ragés y Nínive; pero el principio era conocido, la consecuencia podia deducirse fácilmente, y esto basta para demostrar mi tesis.

Todo el mundo conoce las ventajas del cambio, y nadie ignora hasta qué punto suple al numerario. Un negociante de Marsella, por ejemplo, debe 1.000 francos á otro de Lyon, el cual los debe á su vez á otro negociante de Burdeos. Pues bien: para que el negociante de Lyon cobre su crédito y pague á la vez su deuda, basta que dirija á su corresponsal de Burdeos una letra de cambio contra el negociante de Marsella, cuya letra de 1.000 francos tendrá la doble garantía del marsellés y del lyonés. La misma operacion se podrá repetir, con la misma letra de

cambio, entre el comerciante de Burdeos y otro de Tolosa, lo cual triplicará la garantía de la letra, y así á lo infinito. La garantía del título, y por consiguiente su solidez y su valor comercial, aumentan constantemente hasta que, vencido el término, se presente al cobro. La letra de cambio es, pues, un verdadero suplemento de la moneda, y un suplemento tanto más seguro, cuanto que la promesa adquiere, por medio del endoso, una garantía progresiva que la hace, en muchas ocasiones, preferible al dinero.

Con el banco de depósitos, la sociedad se elevó á otra abstraccion, que consiste en la distincion de la moneda de cuenta y la moneda corriente.

El dinero, como toda materia ó mercancía, está sujeto á usura, alteracion, robo y fraude. Además de esto, la diversidad de monedas es un obstáculo para su circulacion y una nueva traba. Estas dificultades desaparecieron con los depósitos públicos que admitian toda clase de moneda por su valor intrínseco, mediante una deduccion, y entregando en cambio bonos pagaderos en moneda de ley. El banco de Amsterdam, fundado en 1609, se cita siempre como modelo de los bancos de depósitos.

De este modo, el dinero, representado por un papel de ningun valor, pudo circular sin temor á desgaste, fraude, agio, y en una palabra, sin experimentar pérdidas y con la mayor facilidad. Pero no era bastante haber preparado de este modo el camino al numerario: era preciso hacerle salir de los cofres, y tambien se encontró el medio de conseguirlo.

El dinero es la mercancía por excelencia, el producto cuyo valor está perfectamente determinado; y como tal, es el agente de los cambios y el prototipo de todos los valores. Sin embargo, y á pesar de es-

tas eminentes prerogativas, el dinero no es la riqueza, supuesto que es el único producto que no satisface nuestras necesidades: es, á no dudarlo, el jefe, el reclamo, si así puedo expresarme, de los elementos que deben constituirla; pero él, por sí mismo, vale bien poco.

El capitalista cuya fortuna consiste en dinero, tiene necesidad de emplear sus fondos, de cambiarlos, de hacerlos productivos, y productivos de dinero; es decir, de toda clase de productos: y esta necesidad de deshacerse de sus escudos, la experimenta con la misma energía que el capitalista cuya fortuna consiste en tierras, casas, máquinas, etc., siente la precision de encontrar dinero para sostener su empresa.

Para que estos dos capitalistas hagan producir sus capitales, es preciso que los asocien: pero la asociacion repugna al hombre á la vez que le es necesaria, y ni el industrial, ni la persona de dinero, por más que procuren entenderse, no consentirán jamás en asociarse. Sin embargo, un medio se presenta de satisfacer sus deseos sin violentar su repugnancia, y este medio consiste en que el tenedor de numerario preste sus fondos al industrial recibiendo en prenda los capitales moviliarios ó inmoviliarios de este, mas un beneficio ó interés.

Tal es, en suma, la primera manifestacion del crédito, ó, como dice la escuela, su *tésis*.

Resulta de todo esto, que la moneda, por mucho que se la eleve sobre las demás mercancías, aparece bien pronto, como instrumento de cambio, con notables inconvenientes, que son: el peso, el volúmen, la usura, la alteracion, la escasez, las dificultades del transporte, etc.; que si el dinero, considerado en sí mismo, en su materia y en su valor, es una *prenda perfecta* del crédito, supuesto que es acepta-

ble en todos los tiempos y en cambio de toda clase de productos, y que con él se pueden adquirir todos los bienes posibles, sin embargo, como representante de los valores y medio de circulacion, ofrece desventajas y deja mucho que desear. En una palabra; el dinero es un *signo imperfecto* del crédito.

En lo que sigue veremos al genio comercial emplear todos sus esfuerzos en la reparacion de este vicio propio del numerario.

El segundo término, que constituye la série anti-tética de las instituciones de crédito, es inverso y podemos considerarlo, hasta cierto punto, como una negacion del primero. Esta série comprende los bancos de circulacion y descuento, y todo lo que se refiere á los billetes de banco, papel moneda, moneda de papel, asignados, etc. Hé aquí el mecanismo de esta generacion.

Ruego al lector que me perdone si le envuelvo constantemente en estas fórmulas de metafísica que me han servido para estudiar todas las fases económicas anteriores, y en las cuales hago entrar todavía las diversas formas del crédito. Reflexionando sobre él, se comprenderá fácilmente que este aparato, tan desgraciado al primer golpe de vista y tan extraño á nuestros hábitos literarios, es, á pesar de todo, el álgebra de la sociedad, y el único instrumento intelectual que, al darnos la llave de la historia, nos ofrece el medio de seguir con conciencia y certeza la obra instintiva y fatigosa de nuestra organizacion. Además, ya es tiempo de que nuestra nacion renuncie á las pequeñeces de su literatura degenerada, al charlatanismo de una tribuna corrompida y de una prensa vana, si quiere salvarse de la decadencia política que la amenaza, y en cuyo favor se trabaja, hace diez y seis años, con un éxito deplorable.

El billete de banco, por lo mismo que tiene su garantía, quiero decir, el numerario que representa, no es una *ficción*, sino pura y simplemente una *abstraccion*, una verdad extraida del hecho ó de la materia que la realiza y la concreta, y cuya existencia constituye la garantía del billete. En este estado de cosas, el papel de banco es un suplemento feliz y cómodo de la moneda, pero no la multiplica. Ahora bien; esta facultad va á adquirirla por medio de una combinacion de la letra de cambio y del reconocimiento del depósito.

Supuesto que la letra de cambio se recibe, como la moneda, en toda clase de pagos; supuesto que se la puede cambiar por todo género de productos, se la puede cambiar tambien por dinero: de aquí el banco de *circulacion*; es decir, el oficio de descontar el papel de comercio, mediante el beneficio de la comision.

El negociante que convirtió su papel en dinero, tiene disponible el capital que, sin esta operacion, permanecería inactivo, y por consiguiente, sin producir: con el importe de su letra de cambio, crea nuevos valores, adquiere servicios, paga salarios y salda cuentas. Rapidez en la producción, aumento de producto y multiplicacion del capital: tales son las consecuencias del descuento.

Pero el banquero, cuyo arte se reduce á cambiar escudos por papel y despues papel por escudos, puede, como el industrial, obligarse por medio de la letra de cambio y proporcionar papel sobre su propia casa; es decir, puede crear bonos nominales ó al portador y pagaderos á su presentacion.

Y en efecto; un banquero que tiene un millon de capital, despues de haberle cambiado por papel á cuarenta dias visto, puede encontrarse á las tres semanas sin tener un céntimo en caja, y por consi-

guiente, en la imposibilidad material de hacer nuevos descuentos. Pero, como en vez de numerario, este banquero sólo posee papel que está seguro de convertir en dinero, puede expedir sobre él una letra de cambio, puede crear lo que vulgarmente se llama un billete de banco, que el comerciante aceptará como verdadera moneda, y que, sin embargo, no es más que una promesa de pago.

Vemos, pues, que el billete de banco es la letra de cambio creada en el primer período del crédito, y elevada, por decirlo así, á la segunda potencia; es, en fin, una letra de cambio que se suscribe *por valores recibidos en letra de cambio*. Hé ahí en dónde empieza la ficción: y sin embargo, esta maniobra es lógica y racional; resulta, como fácilmente se comprende, de los dos principios combinados del depósito y del descuento; pero seguida en sus consecuencias más legítimas, llega á los abusos más monstruosos y á la destruccion del crédito mismo.

Si se consulta la teoría nada más, y teniendo en cuenta que todo papel de comercio, sea á la vista ó á plazo, se ha de pagar necesariamente, salvo los accidentes que el banquero debe prever, es claro que éste puede dar contra sí mismo tantas letras de cambio y emitir tantos billetes de banco como valores se le presenten al descuento, á condicion de hacer que las entradas coincidan con la presentacion probable de los billetes, ó de estipular una tregua en el caso de la acumulacion inesperada. Esta teoría es matemáticamente irreprochable, supuesto que la letra de cambio del banquero no es más, si se me permite este término de la tipografía, que una *retiracion* del papel que descuenta. Para esto, basta con que el negociante, como lo habia observado perfectamente el Sr. Sismondi, dé crédito al banquero en vez de pedírselo. Pero aún hay más: el principio

en cuya virtud el banco, en vez de dinero, dá á los negociantes que vienen á descontar, una letra de cambio expedida contra su cartera, conduce directamente á la negacion de la moneda y á su expulsion del comercio. Figurémonos ahora lo que deben ser (en perspectiva) los beneficios de una empresa que, en virtud del privilegio concedido por el soberano, es capaz de abrazar todo el comercio de un imperio, y que, sin poseer la menor partícula de oro, puede neutralizar el poder del dinero, realizar el cambio de todos los valores, y percibir el producto líquido de algunos miles de millones.

Tal fué, en nuestro concepto, la série de razonamientos que condujo al famoso Law á la idea de su banco real; empresa que, sin tener en su principio un solo céntimo en caja, y apoyada (para dar cuerpo á la idea) en una explotacion gigantesca del Missisipi, debia descontar todo el papel del comercio, y por la circulacion de sus billetes, que irian poco á poco sustituyendo al numerario, y por las acciones que emitiese en cambio del dinero, atraeria todas las riquezas metálicas del reino á los cofres del Estado. Arrastrado por la lógica de sus ideas y tranquilo en cuanto á la moralidad de su sistema por la firme garantía del Estado, cuya capacidad de dar crédito sin ofrecer hipoteca real, era para él un asunto de meditacion diaria, ¿habrá tomado por lo serio su loca concepcion, ó será preciso ver en aquel hombre un estafador audaz? Hé ahí lo que yo no me atrevo á decidir por la sola exposicion de esta aventura. Lo que sí me parece seguro, es que ni Law ni nadie, en su tiempo, conocia á fondo la teoría del crédito, del mismo modo que hoy los economistas, y con ellos muchas otras personas, desconocen por completo la filosofía de la economía política. Pero en fin; si alguna cosa puede disculpar á Law, es la

buena fé, el admirable aturdimiento con que los economistas modernos propagan sus utopías de libertad de comercio, de competencia ilimitada, de contribucion progresiva y equitativa, de organizacion del crédito, etc., etc.; es decir, la negacion del monopolio por la afirmacion del monopolio mismo.

Pero dígase lo que se quiera con respecto al sistema de Law, la ciencia sostiene hoy que, en la teoría del crédito, el uso del dinero conduce al no-uso del dinero; y tan cierto es esto, que por una aplicacion de esa teoría, un célebre economista, David Ricardo, creó un sistema de circulacion y descuento excluyendo completamente la moneda. Vemos, pues, que en el punto de partida, aparece el banco de depósito; un sistema dentro del cual, para facilitar moneda al negociante, el banco empieza pidiéndole la moneda que tiene, lo cual implica nulidad del crédito para todo el que carece de dinero: absurdo. Despues se presenta el banco de circulacion; un sistema cuya última palabra se reduce á afirmar que, para hacer dinero, basta una cuartilla de papel, cuyo valor es completamente nulo: absurdo tambien.

Este absurdo aparece mucho más claro todavía si, elevándonos al principio de la moneda, á la teoría de la constitucion de los valores, generalizamos el principio del banco de circulacion aplicándolo á toda clase de productos. Así como el banquero puede girar una letra de cambio contra su propia casa haciendo entrar en el comercio un valor ficticio que se admite como real, así tambien el empresario de industria y el comerciante pueden, auxiliados por un compadre, girar una letra de cambio por remesas que no hicieron ó por productos que ni siquiera poseen. Y tan posible es lo que decimos, que con semejante mecanismo, y teniendo en cuenta que los billetes se multiplican á medida que el pedido del

comercio aumenta, un Estado podria tener un movimiento de muchos miles de millones sin haber producido nada y sin poseer un solo céntimo. Esta aplicacion del principio de los bancos de descuento es muy frecuente en el comercio, que la califica de *circulacion*; término impropio que se emplea para caracterizar la posicion de un hombre que hace dinero con ficciones y que recurre á todos los medios. Las reiteradas emisiones de asignados en tiempo de la república, no fueron otra cosa.

Ahora bien: hace cerca de un siglo que se ha entrevisto, más bien que comprendido, la contradiccion de este mecanismo, y no se supo todavía evitarla (como sucedió y continúa sucediendo con otros *inconvenientes* de la economía política), sino recurriendo á un conflicto entre los extremos. Se han reunido los dos modos de la operacion, y toda la habilidad consiste en mantenerse en un justo-medio. En consecuencia, todo el mundo sabe, y los economistas no salen de este círculo tampoco, que un banco que funciona á la vez como caja de depósitos y como banco de emision y descuento, puede muy bien emitir billetes por las dos terceras ó por las tres cuartas partes más de los valores metálicos que posee, sin exponerse á conflictos de ningun género. Ahí se detiene la rutina: la economía política no va más lejos. Pero faltaba ensayar una tercera combinacion del crédito; es decir, un tercer modo de facilitar la circulacion de los valores no constituidos, recurriendo al intermediario del dinero, y tal es la obra que ha emprendido el Sr. Cieszkowski. Supuesto que existe oposicion entre los dos primeros modos; oposicion que la economía política no resuelve, es de presumir que debe haber un tercer término que, conciliando los otros dos, los complete y los perfeccione. Hasta hoy, dice el autor citado, poseemos,

como medios de crédito, aunque separados los unos de los otros:

1.º La moneda, que es una garantía perfecta, á la vez que un signo imperfecto del crédito;

2.º El billete de banco, que es una garantía imperfecta, á la vez que un signo perfecto del crédito.

Se trata ahora de encontrar una combinacion, en la cual el agente de la circulacion sea á la vez y en un mismo grado, garantía perfecta como el dinero, signo perfecto como el billete de banco, y, siguiendo la ley del interés, sea productivo como la tierra y los capitales; por consiguiente, no susceptible de esterilidad.

Esta combinacion existe, dice el Sr. Cieszkowski, y lo prueba con el más hermoso lenguaje filosófico y con la más consumada experiencia; doble ventaja que debia hacerle ininteligible para los economistas y para los filósofos. En una exposicion tan rápida de las ideas del Sr. Cieszkowski, es muy posible que perjudique á este escritor; sin embargo, añadiendo algunas veces mis propias ideas á las suyas, procuraré hacer un resumen de su sistema.

Elevémonos una vez más todavía á los principios.

Entre todas las mercancías, la moneda es la única cuyo valor, aunque variable, está definitivamente constituido; y á esta prerogativa que sólo ellos tienen, deben los metales preciosos el servir de valuator comun á todos los productos.

El objeto ulterior del crédito es llegar á la constitucion de los valores, haciéndolos, como el oro y la plata amonedados, aceptables en toda clase de pagos. Evidentemente, esto seria resolver el problema de la reparticion, fundar la igualdad en la ley del trabajo, y conducir la humanidad al más alto grado de libertad individual y de asociacion posibles. Para llegar á este resultado, hemos dicho, el genio social pro-

cede por asimilacion; es decir, que por medio de abstracciones y de ficciones sucesivas, procura hacer circulables, como el dinero, todos los valores producidos, á condicion de valuarlos previamente. Por lo demás, importa poco que el cuerpo del valor cambie físicamente de mano ó no, porque habrá circulacion siempre que haya trasporte del título de propiedad. Un billete que representa riquezas acumuladas en el banco, equivale, para el portador, á la posesion actual de la suma que el billete indica; y de la misma manera, el precio estipulado y aceptado de una mercancía vendida, puede convertirse en moneda bajo la forma de una letra de cambio.

Se pregunta, pues, cómo se hará participar del beneficio de la circulacion; cómo se hará que sirvan para el crédito, no solamente el dinero, los billetes que lo representan, las letras de cambio y otras obligaciones á plazo fijo y protestables que representan un valor vendido y entregado, sino tambien los que no se vendieron, como son la tierra y el trabajo mismo; á lo cual responde el Sr. Cieszkowski:

Si despues de valuar, tanto en capital como en renta, todas las riquezas moviliarias é inmobiliarias de una nacion, se hiciesen de los títulos de propiedad, billetes de cambio aceptables en pago de contribuciones y demás, deduciendo una parte alícuota (mitad, un tercio ó un cuarto del valor de la cosa) para garantía del portador, tendríamos en este nuevo agente de la circulacion:

1.º Una garantía perfecta, porque esta prenda seria, como los lingotes de oro del banco, un capital existente, real y no ficticio;

2.º Un signo perfecto, porque seria eminentemente transportable y de ningun valor intrínseco;

3.º Una moneda productiva, porque seria el tí-

tulo de propiedad de capitales que estaban en plena produccion.

Además, estos billetes no suprimirian el uso de la moneda, por más que lo limitasen: tampoco harian cesar la ficcion de los billetes de banco y del papel moneda; pero aunque la moneda y los billetes de confianza hubiesen servido de paradigma á la creacion de los nuevos efectos, éstos conseguirian dominarlos reteniéndolos en sus justos límites.

El autor entra despues en largos detalles sobre la organizacion de la agencia central de donde partiria esta vasta emision de valores, sobre la jerarquía de los bancos secundarios, las precauciones que deberian tomarse, la marcha que deberia seguirse y los ejemplos que apoyan su sistema. Una sola cosa falta á su proyecto, y es que tenga la fortuna de agradar á cualquier fantasma de hombre de Estado que, comprendiéndole á medias y retocándolo á su modo, gane una inmensa reputacion y haga olvidar á su autor.

Para que nada quede por decir sobre esta obra interesante, haré notar que en ella fué donde el Sr. Wolowski, amigo y compatriota del autor, profesor de legislacion comparada en el Conservatorio de artes y oficios, encontró las bases de su proyecto de organizacion del crédito agrícola; proyecto de una gran trascendencia, que ha recibido la adhesion de los hombres más considerados y más competentes en la materia.

Tal es, pues, el desarrollo normal y completo de todas las instituciones posibles de crédito; y digo posibles, porque más allá de esta teoría, que abraza todos los valores producidos y susceptibles de producir, todos los capitales empleados y la tierra, no hay nada.

Primera evolucion: Letra de cambio, préstamo sobre prendas, banco de depósitos.

Segunda evolucion: Banco de circulacion y descuento, papel de confianza, papel moneda, asignados.

Tercera evolucion: Emancipacion de todos los capitales empleados, representados por billetes que producen interés.

El sistema del Sr. Cieszkowski, consecuencia necesaria de los dos primeros, ¿se realizará algun dia? Si nos fijamos únicamente en el movimiento económico que conduce á la sociedad, se puede creer que sí: todas las ideas tienden en Francia á la reforma hipotecaria y á la organizacion del crédito agrícola; dos cosas que, bajo una forma más ó menos pronunciada, suponen necesariamente la aplicacion de este sistema. Como verdadero artista, el Sr. Cieszkowski ha trazado el ideal de su proyecto, y describió la ley económica que en lo sucesivo regirá todas las reformas de la sociedad. Poco importan, pues, las diferencias de aplicacion y las modificaciones de detalle; la idea es suya en su calidad de teórico, y suyo será el mérito de la profecía si se llega á realizar. En una palabra: el Sr. Cieszkowski ha pintado una de las fases más curiosas de la organizacion social; posible es que exista una laguna en la historia, pero esta laguna no puede existir en la ciencia. La sociedad vive por el espíritu mucho más que por los sentidos, y por esta razon se le permite algunas veces que cometa ciertas faltas en la práctica.

Dírijamos ahora una mirada retrospectiva á este movimiento prodigioso del crédito, tan espontáneo y tan lógico á la vez, y procuremos hacer resaltar la prueba de esta necesidad providencial que encontramos á cada paso, y cuyo agente involuntario parece ser el hombre; de esta necesidad, repito, que tan profunda admiracion produjo al Sr. Augier, y

que es la prueba menos equívoca de la infalibilidad humana.

¿Sería posible que no existiese la moneda? Tanto valdria preguntar si podria suceder que entre todos los productos del trabajo humano no se encontrase uno cuyo valor fuese más comercial que el de los demás. Observemos de paso que el progreso podria haber sido más ó menos lento, si en vez del oro y de la plata, la sociedad hubiese adoptado por valuador comun, el trigo, el hierro, la seda ú otra mercancía, cuyo valor fuese más variable y cuya circulacion ofreciese mayores dificultades.

¿Podria suceder que una vez inventada la moneda, no fuese objeto de la ambicion general y la cosa más necesaria para el pobre como para el rico? Y supuesto que la fabricacion de una cantidad mayor de numerario, en vez de resolver el problema, no hace más que aplazarlo, ¿seria posible que, una vez valuados en dinero todos los capitales y todos los productos, no se procurase desempeñarlos, poniéndolos en circulacion como la moneda?

Digámoslo sin miedo: todo eso era inevitable; todo eso estaba escrito en el cerebro humano, como en el libro de los destinos. Reconocido esto, el camino que la humanidad siguió era el verdadero, y sus operaciones quedan justificadas. Hubo un momento en que el socialismo, hablando por boca de la Iglesia, se sublevó contra el espíritu económico, y pareció que deseaba detener la marcha de las sociedades proscribiendo el interés. Esta fué una especie de negacion de la providencia hecha por la providencia misma; una protesta de la conciencia universal convertida en cristiana, contra la razon universal, que persistia en obrar como si fuese pagana. El socialismo, que constituyó siempre el fondo de la catolicidad, presentia entónces que ni siquiera

con una organizacion perfecta del crédito, la humanidad avanzaria más que con la completa competencia; que la miseria y la opulencia no harian más que agravarse, y exigia una ley más perfecta, ménos egoista, y sobre todo, ménos ilusoria. Desgraciadamente, en la época en que Roma y los Concilios, arrastrados por un falso espíritu de popularidad, se revolvian contra el capital y prohibian el interés, la libertad no existia; y como esta conquista sólo podia realizarse por medio de la propiedad, y en su consecuencia, por el interés, la Iglesia se vió precisada á retirar sus rayos y á aplazar sus anatemas.

La enfermedad de nuestro siglo es la sed del oro, la necesidad de crédito: ¿y qué hay en esto que deba admirarnos? Que la moral hipócrita, que la literatura famélica y la democracia retrógrada se desaten contra el reinado de la banca y contra el culto del becerro de oro; esas imprecaciones ininteligentes, sólo sirven para hacernos conocer la marcha triunfante de la idea. Desde el Sinaí, el becerro de oro es el dios á quien adora el género humano; dios fuerte, invencible, que sólo encuentra infieles entre los contemplativos que, como Moisés en la montaña, se olvidan de comer y de beber. No, Israel no se engañó cuando al postrarse ante una masa de oro, exclamó: Hé ahí el dios que te salvó de la esclavitud, Israel; y tampoco Moisés se equivocó cuando quiso que su pueblo reconociese un poder superior al oro, y le presentó á Jehovah, la fuerza creadora, el trabajo, en fin, que es la libertad y la riqueza.

Pero, como dice el sabio, hay tiempo para todo: tiempo para sembrar y para recoger; tiempo para Mammon y para Jehovah; tiempo para el capital y para la igualdad. En el génesis económico, el culto del oro debia preceder al culto del trabajo; y como